

Ya al abismo declina,
Ya á par del sol camina,
Y el ancho espacio de la luz abarca.

¿Qué buscará en la hondura
De esas sonantes y apacibles olas,
Que con planta insegura
Llevan su linfa pura
Arrastrando entre lirios y amapolas?

Tal vez cuando sus huellas
Multiplican los visos halagüeños,
Sus imágenes bellas
Se parezcan á aquellas
Que audaz forjaba en mis dorados sueños.

Si en óptica ilusoria
Las remed n tan frágiles perfiles,
Quiero aumentar mi gloria,
Trayendo á la memoria
Los sueños de mis años juveniles.

Corred por las campañas,
Fáciles ondas, derramando albores,
Y al pié de las montañas
Seguid entre espadañas
Trocando en perlas las brillantes flores.

En plácidos concentos,
Por el soto tendéd las limpias huellas,
Conjuraré los vientos
Porque no borren lentos
Esa copia de imágenes tan bellas.

Y si el aire el encanto
Borrarse de esos cuadros halagüeños,
Consuéleos mi quebranto,
Porque también el llanto
Borra el tropel de mis amantes sueños.

¡Oh, si mi frágil nave
Pudiese por lo menos sus entenas
Dar al aire suave,
Para que el peso grave
Cruzase un mar de linfas tan serenas!

Llevadme, ondas queridas,
Por vuestro raudó y celestial camino;
Si es por sendas floridas,
No importa que perdidas
Á morir camineis al mar vecino.

Que con queja importuna
Jamás, en congojosa pesadumbre,
Maldigo la fortuna,
Sea el sol ó la luna
Quien el camino de mi muerte alumbre.

Al término toquemos,
Antes que hollar en nuestro rumbo abrojos,
Cuanto mas caminemos,
Por las prendas que amemos
Menos ofrendas verterán los ojos.

Llevadme, ondas serenas,
No quiero, atravesando de corrida,

Que vaya á duras penas
La sangre de mis venas
Enlutando la senda de mi vida.

EL PRIMER AMOR

ALEGORÍA — A P....

¡Ay del que, ahogando congojas,
Funda sus gustos y amores
En el verdor de unas hojas,
Ó en el matiz de unas flores!

Dígalo en tristes endechas,
Pese á tan crudas memorias,
La que entre flores deshechas
Vió por el aire sus glorias.

Un plácido almendro estaba
Viendo una niña en su anhelo,
Que con su pompa afrentaba
Toda la pompa del cielo.

Seguia al árbol mirando
Con afición importuna,
Hora por hora contando
Sus galas una por una.

Mas ¡ay! que tanto ornamento
Costó á su pecho aflijido,
Cada capullo un lamento,
Y cada flor un gemido.

—¿Por qué los lánguidos ojos
Amante en el árbol fijas,
Antes de ver con enojos,
Niña, las sierpes y abrojos
Que con las plantas cobijas?

¡Ay! pese á tu amor, repara,
En tus delicias estremas,
Que ya la fortuna avara
Dejó sin ídolo el ara
Adonde tu incienso quemas.

Conjura el cierzo sombrío,
Porque de flores tan bellas
Marchitará el atavío,
Desvaneciendo, amor mío,
Tus ilusiones con ellas.

¿A qué el Abril de tus años
Consagras, niña, á unas flores,
Si no has de evitar los daños
Que causan los desengaños
De los primeros amores?

¿Si pensarás por ventura,
Embebecida en la calma
De tu amorosa locura,
Que las heridas del alma
Cualquier remedio las cura?

¿Y qué harás, dueño querido,
Cuando de las nubes fieras
Oigas el ronco estampido,
Tú que jamás has oído
Mas que balar las corderas?

Nunca sentiste encontrados
Revolotear los ambientes
Por los espacios lanzados;
Pues siempre viste en los prados
Adormecidas las fuentes:

Y ¡ay, si á torrentes bramando
El agua va por las cuestas,
Los mármoles desquiciando,
En su furor trasportando
Los bosques á las florestas!

Pon término á tus locuras,
Que los volcanes revientan
En las soberbias alturas,
Donde las flores mas puras
Eterno al Mayo sustentan.

Cuando apacible rompieres
En amorosos cantares,
No has de olvidar si pudieres
Que siempre son los placeres
La cuna de los pesares.

Y ya en el trance postrero,
Será inútil que cobarde
Dé el labio un ¡ay! lastimero.
¿De qué valdrá el mensajero
Si ya el perdón llega tarde!—

Una á una, hora por hora
Contaba las flores bellas,
Hasta que un día á la aurora
Halló el arbusto sin ellas.

Entre sus alas llevaron
Toda su pompa liviana
Los céfiros que pasaron
A recibir la mañana.

Vió entonces entre suspiros
Del primer mal el trasunto,
Y cuántas vueltas y giros
Dá la fortuna en un punto.

Mirando el árbol desierto
Dá riendas al lloro en tanto.
¡Siempre es el último puerto
De nuestras cuitas el llanto!

¡Así el hojoso ornamento
Costó á su pecho aflijido,
Cada capullo un lamento,
Y cada flor un gemido!

¡Mas de cuánta ilusión y cuántas flores
Se orlaron, ay, nuestros primeros años,

Si los cierzos calmaran sus furores,
Y acotara el amor sus desengaños!

Llora del viento el desamor injusto;
Lloremos, sí, nuestro fugaz aliño,
Porque también el destrozado arbusto
La imagen es de mi primer cariño.

Y cuantas almas el dolor devora
Vengan también á lamentar conmigo
La viudez de la tórtola que llora
Al pié del árbol de su amor testigo.

Es digna, sí, de fraternal consuelo
La pobre niña, que mirando solo
Cómo un almendro engalanaba el cielo,
No oyó los áustros conmovér el polo.

Una senda de flores sin espinas
Soñó la triste en su ilusión primera,
Pero ajadas sus plantas peregrinas
Ya ensangrentó la desigual carrera.

Blandos favonios del templado estío,
Un cisne socorred de blanco seno,
Que al avanzar hácia el cristal del rio
Cayó á la orilla entre el hedor del cieno.

Descended, serafines, de la altura,
Y unas alas prestad á esa paloma,
Que ya entre el musgo la serpiente impura
A devorarla sin piedad se asoma.

Vagad, ayes del alma, en són de duelo,
Paz demandando al Hacedor divino,
Para el arcángel, que al tornarse al cielo,
Tocó en el mundo porque erró el camino.

Tal vez en su inocencia no creía,
Al amainar su vuelo acelerado,
Que el paraíso terrenal cubría
La mácula afrentosa del pecado.

Vuestra mano, Señor, sea la guía
De esa inocente, que angustiada llora,
Que al despedir al sol dichosa un día,
Se halló infeliz al asomar la aurora.

Y si basta de lágrimas un rio
Para que oigais su angelical que rella,
Puedan lograr su redención, Dios mío,
Las muchas ¡ay! que derramé por ella.

EN LA CARTUJA DE BURGOS.

A B....

ODA.

Paso á la imbecil plebe,
Que detestando en su abyección la gloria,
Tiende su brazo aleve,
Y á desplomar se atreve
Cuanto en cien siglos hacinó la historia.

¿Y en nombre de qué culto
Ciega esa plebe la orfandad derrama?
—“¡Paso! y quede insepulto
El que con loco insulto
Odie la grey que libertad proclama.”

Vengan, pues, que perjura
La libertad tan bárbaros caminos
Allana en su locura
A esa falanje impura
De incendiarios, traidores y asesinos.

Derrocad sin concierto,
Muchedumbre sangrienta de villanos:
Solo en este desierto,
Como en oculto puerto,
Un templo os queda en que poner las manos.

Míralos ya, alma mía,
Levantar, cual en torpes lupanares,
Alta y soez orgía
Aquí, do ayer se oía
El sublime Cantar de los cantares.

Con las suyas mezclemos
Nuestras teas, mi bien, pues ya incendiaron
Los ídolos que vemos:
El pedestal quememos,
Ya que sobre él á nuestro Dios quemaron.

Ven, que sin noble valla
Aquí sus fuegos saciará brutales
El corazón que estalla,
Cabe la ruín canalla
Que hundió cadalsos para alzar puñales.

Ven, que aunque ayer oramos
Ante ese altar que derrumbado humea,
De él nuestra alfombra hagamos:
Con esto escarnezamos
La vil generacion que nos rodea.

Y si en el trance impío
Al ver mis ojos destruccion tan fiera
Vierten de sangre un río,
No los seques, bien mío,
Vierta el dolor lo que el puñal espera.

Alza, Don Juan segundo,
Deja asolar tus fúnebres aprestos,
Que, en su rencor profundo,
Ese tropel inmundo
Si no halla sangre, aventará tus restos.

¡Fuego, embriagada tropa!
Talad, brindando por el culto ibero,
Tinta en licor la ropa:
Ayer en esa copa
La sangre se libaba del Cordero.

¡Ah! desde hoy nuestros brazos
En qué altares, con mística porfía,

Formarán tiernos lazos?
Vedlos aquí en pedazos.
¡Rotos pedazos, ay, del alma mía!

Muertos y vivos.

BACANAL.—CORO BAILABLE.

Hoy vienen, dejando
Las téticas huesas,
De muertas promesas
Las almas en pos.
¡Ahogad las creencias;
Cerrad la ventana:
Que vuelvan mañana
Benditas de Dios!

Bailad, que las luces
Al Orco se lanzan,
Y negras avanzan
Las sombras detrás,
Y alzando alaridos
Al viento que atruena,
Las almas en pena
Nos hacen compás.

Miradlas, al ruido
De cien cascabeles,
Poblar los dinteles
Del regio salon.
Huid, prole inmunda,
Y ahogad los gemidos:
Que á muertos y á idos
No hay fé ni pasión.

Tal vez nos demanden
Antiguas promesas;
Mas hoy ni por esas
La fiesta ahogarán.
Bailad, que sus prendas
Al ver inconstantes,
Los muertos amantes
De rabia se irán.

Oíd cuál mi nombre
Maldicen crueles....
¡Amantes infieles,
Un trago por mí!
Bailad, y que sigan
Las almas su vuelo:
Si estorban al cielo,
Nos sobran aquí.

Si vienen á hacernos
Tan frívolo cargo,
De un viaje tan largo,
Bailad, y hagan dos.
¡Ahogad las creencias;
Cerrad la ventana:
Que vuelvan mañana
Benditas de Dios.

EL JUICIO FINAL.

FANTASÍA.

I.

Anuncio del juicio final á los espíritus malignos.—Lamentos del
ángel malo.—Postrer ardid del infierno.

Así Luzbel exclamaba,
Mientras le oía confuso
Aglomerado el infierno
En espantoso tumulto:

—“Mañana, cuando las llamas
Bajen del cielo á diluvios,
Y, vomitando tormentas,
Sombras aborte el profundo,
Tumba fatídica siendo
En encontrados disturbios,
Las llamas de las tinieblas,
Y éstas de aquellas sepulcro;
Y desquiciados los orbes,
Por los espacios cerúleos,
Ya con la llama abrasados,
Ya entre las sombras ocultos,
Amenazando caidas
Perdidos vaguen sin rumbo,
Al ruido de la trompeta
Que anuncie el final del mundo;
El orbe donde nacimos
Asediarémos sañudos,
Para vestir los despojos
De los que en él fueron justos,
Y en alas de su pureza,
Los nuestros dejando impuros,
A juicio parecerémos
De DIOS ante el trono augusto.”

Al nombre de DIOS heridos,
Como al poder de un conjuro,
Se dispersaron inquietos
Los condenados en grupos,
Hondos gemidos lanzando,
De eternos ecos preludios;
Y de la atroz gritaría
Al descompuesto murmurio,
Despiden rayos sus ojos,
Fatal emblema de orgullo,
Restos de glorias pasadas,
Y de alto origen trasunto.

—“Tremendos sobre nosotros,
Siguió Luzbel, uno á uno
Entre martirios sin cuento
Pasaron lustros y lustros,
Sin que el dintel de los cielos
Jamás tocásemos puro,
Aunque á sus puertas llamamos,
Ya humildes, ó ya sañudos,
Ora con fieros enojos,
Ora con llanto importuno;
Pues siempre de sus albores
Ciegos nos dejó el impulso,
Sin que á atenuarlo bastase

De nuestros antros el humo;
Siendo al medir las esferas
En desesperados tumbos,
De su clemencia el escarnio,
Y de su gracia el insulto.
¡Oh! si nuestra alma rebelde
Jamás adoró al Dios sumo,
Al cieno vil aferrada
Por el iman de los gustos;
Y si en prision afrentosa
Nuestro divino atributo
La infame cárcel del cuerpo
Ató con lazos robustos,
¿Por qué DIOS, fuente de gracia,
De su emanacion verdugo,
Condenó á eterno martirio,
En su justicia sañudo,
Al alma que encadenada
Alzarse al cielo no pudo?
Ganad, hijos del infierno,
Pese á los buenos el hurto,
Y antes que el orbe aniquile
Del juicio el terrible anuncio,
Los restos con que piadosos
Rindieron al cielo cultos,
Tal vez porque sus sentidos
Nunca en su afan iracundos
Contra el imperio del alma
Se amotinaron impuros.
¡Sus!”

Y enderezando al orbe
Los condenados su rumbo,
Aun no colgaban los aires
Las negras sombras de luto
Cuando en tropel se apostaron
En los confines del mundo.

II.

Llamamiento.—Descripción del juicio final.

¿Cuál fúnebre estampido
Conturba los revueltos horizontes,
Que á su fragor el orbe estremecido
Lanza de sí cual átomos los montes?

¿Adónde en ronco estruendo
Los mares desbordados,
Rujientes van la inmensidad midiendo
De planeta en planeta despeñados?

Por el espacio errantes,
Perdido el rumbo de su giro eterno,
Los astros rutilantes,
Las sombras inflamando del infierno,
Cayendo van desde la empírea cumbre
En ciego parasismo,
Mientras nubes espesas
Se alzan sin fin del tenebroso abismo;
Y en remolinos fieros
Ruedan despedazados
En amalgama universal mezclados
Llamas, cometas, sombras y luceros.

Hirió la trompa al resonar la esfera,
Y en sus impuras fauces dejó ahogado
El ¡ay! desesperado
Que ronca alzó la humanidad entera.

Id á juicio, mortales,
Sin contener el indolente paso;
Caminad á sufrir eternos males,
Ó eternos bienes á gozar acaso.

¡Ay si al tornar con ánimo doliente
Los ojos desolados
Hacia los gustos del amor pasados
Rojo el pudor os encendió la frente!

Seguid llorando con dolor profundo
Vuestro eternal quebranto,
Ya que alegres tuvisteis en el mundo
Tan en desuso el llanto.

Ajenos de esperanza,
En vaga lontananza
El arcángel oid, que en presta huida
Grita, al cruzar la inmensidad inerte:
—“¡Ay del que á Dios no consagró su vida!
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!”

Seguid, prole maldita,
Sin mundanos deseos,
Con ánima contrita,
A rendir el espíritu en ofrenda
De impuros devaneos;
Caminad sin rodeos:
No hay sagrado á qué huir; esta es la senda.

Id y arrojad, monarcas de la tierra,
En oblacion amarga,
Esa humilde corona
Que de alta prez en vuestra sien blasona,
Y no á los hombros, en mundano esceso,
Con tan inútil carga
No pudiendo marchar dobleis el peso.

¿Por qué ocultais entre las manos bellas
Las frentes de jazmines,
Vos que brillasteis sin pudor en ellas
Radiantes de hermosura en los festines?

Id, con los ojos falsamente enjutos,
Torpes matronas de insondable pecho,
Donde os esperan los bastardos frutos
Del profanado lecho.

En hombros de los ángeles alzado
Ved de Dios el asiento,
Y cómo ya á su acento
Deja veloz las no acotadas puertas
De par en par la eternidad abiertas.

Maldecid, turba vil, en mal tan fuerte,
Vuestra existencia entre el placer perdida.
¡Ay del que á Dios no consagró su vida!
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!!

III.

Transformacion y ascencimiento de los pecadores.—Ayes de los justos.—Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.

Y alzándose de las tumbas
Al universal crujió,
Van en sus cuerpos las almas
Cruzando el aire sutil.
Y cuando algunas, ya altivas,
Tocan del cielo el confin,
Otras, rastreras, el polvo
Miden con hondo gemir,
Pues de sus restos antiguos
Con ansia inquiriendo el fin,
En vano, hozando sepulcros,
Discurren aquí y allí,
Hasta que al murmullo ronco
De un satánico reir
Escuchan sobre los aires
Clamar á Luzbel así:

—“Con nuestros restos á juicio,
Almas dichosas, venid,
Ya que en los vuestros nosotros
Vamos con vuelo gentil,
Y á fé que prendas tan leves
Son fáciles de subir,
Mientras que torpes las nuestras
Pegadas al cieno vil,
Tal vez á ascender se nieguen
Por círculos de zafir;
Y si en tal caso os agobian,
Lo que sufrimos, sufrid.”—

Dijo; y conformes los buenos
Con tan infernal ardid,
Visten sus formas humildes
Ayes lanzando sin fin.

¡Ay que ignorais resignadas,
Almas de origen feliz,
Que los sentidos rebeldes
En espantoso motin,
Tambien las almas aferran
Como esas que veis subir;
Y espíritu y carne entonces
Luchando en abierta lid,
Suele á la impura materia
Rendirse el alma servil!
¡Vos que cruzasteis el mundo
Con formas de serafin,
Sin que sintiéseis el fuego
De las pasiones hervir,
Aun no sabeis cuál marchita
De nuestra edad el Abril,
El ansia de las potencias,
Cuando guerreando entre sí,
Ansioso busca el oido
Profanos soñes que oir,
Ébrios de placer los labios
Otros labios de rubí,
Fantasmas de amor la mente
De misterioso perfil,
Lumbre que admirar los ojos,
Sendas el pié que seguir;

Y en tan inciertos deseos,
Y en tan encontrada lid,
Aquí anhelando placeres,
Llorando gustos allí,
Llevan el alma aferrada
Trás de la materia ruin,
Para concederla solo
La libertad al morir;
¡Y entonces Dios la destiera
Donde por siglos sin fin
Padezca, porque no pudo
En su dolor resistir!

Mas vos, con fervor divino
Mil veces mas fuerte y mil,
Con esos viles despojos,
Almas dichosas, subid.

Y suben, mientras aun se oye
Por el desierto confin:
—“Y si en tal caso os agobian,
Lo que sufrimos, sufrid.”

IV.

Vencimiento del espíritu por abyeccion de la materia.

Y apenas en sus leyes sacrosantas
Dios decretó la universal discordia,
Á la turba infernal miró á sus plantas,
Gritando en hondo afán:—*¡Misericordia!*

—“Silencio, vil tropel, de Dios maldito:
Tarde la gracia del Señor granjeas.”
Y la turba infernal alzando el grito
Repite sin cesar:—*¡Bendito seas!*

—“¿Por qué los ojos á mi luz no esconden
Deslumbrados los hijos del profundo?”
Y á las palabras del Señor responden:
—*¡Paz y salud al Redentor del mundo!*

—“¿Son estos los que en ciego desvarío
Jamás tornaron á su Dios los ojos?”
—“Los mismos son; pero piedad, Dios mio,”
Clamó Luzbel, y se postró de hinojos.

“Si olvidados de vos ayer seguimos
Trás el cebo carnal de nuestros gustos,
Hoy redencion á demandar venimos
Con las prestadas formas de los justos.”

—“¿A qué al infierno desterrar sañudo
El alma de estos míseros nacidos,
Si siempre débil contrastar no pudo
El impuro motin de los sentidos?”

“¿Ni cómo ante su Dios se postraría,
En cárcel mundanal el alma presa,
Quien recibió de la fortuna impia
Torpe la lengua y la rodilla aviesa?”

“Si los que alzasteis compasivo al cielo,
Con nuestras formas vuestro sér adoran,
¡Ay de los tristes que en amargo duelo
A vuestros piés arrepentidos lloran!”

—“Venid,” dijo el Señor, “mis escojidos.”
Y un ¡ay! se oyó que conmovió el profundo;
Mientras suena en los aires esparcidos:
—*¡Paz y salud al Redentor del mundo!*

V.

Imperfeccion humana.—Rebelia de los sentidos.—Lucha del espíritu y la carne.

Presentes los escojidos
Ante el Señor que los nombra,
Con hondo afán arrastrando
De los demonios las formas,
Sacrilegos á sus ojos
Alzan la frente orgullosa,
Y ni le acatan altivos,
Ni irreverentes se postran,
Antes blasfemando ateos
Gritan del cielo con mofa,
En el aspecto divino
La faz encarando torva:

—“¡No hay Dios!”—Y la atroz blasfemia
Rodando de boca en boca,
Siguen impíos gritando
En confusion espantosa:

—“¿Qué niebla ver, importuna,
La luz del cielo me estorba,
Que así á vivir me condena
Entre el horror de la sombra?”
—“¿Cuál torpe arrobo las alas
De mi pensamiento agobia,
Que noble á inquirir su origen
Jamás el vuelo remonta?”
—“¿Adónde está la morada
De esa Deidad misteriosa,
Que todos su sér conocen,
Y todos su esencia ignoran?”—

Y Satanás imprecando
Al Dios que rendido implora:

—“¡Hasta los ángeles, grita,
Con nuestras mundanas formas
Dudan de vos, y os maldicen,
Cuando brillais con mas gloria!”—

Y á su voz siguen los malos
Gritando: *¡Misericordia!*
Y á sus impuras blasfemias
Ciegos los ángeles tornan.

—“¿Por qué, si sueño, tan solo
Impresos en mi memoria
Los sueños profanos quedan,
Y los divinos se borran?”
—“Nada los hondos misterios
De la religion me importan,
Si ofuscan mi entendimiento
Y si mi razon sofocan.”
—“Venid en tropel, deleites
De las ya apuradas órgias,
A ser el pasto continuo
De mis esperanzas locas.”

—“Blandos compases midiendo
Sobre las ricas alfombras,
Leyes mis plantas ensayan
En danzas voluptuosas.”

—“Liviano mi pensamiento
Sujeta á pruebas gustosas
Imágenes de deleite
Que mi entendimiento aborta.”
—“¿Cómo las furias del cielo,
Cuando de airado blasona,
Son para mi pecho dardos
Que, antes de herirlo, se embotan?”

Y en su ignorancia ofuscados,
Mas las blasfemias redoblan;
Mientras que Dios entre el velo
Sepulta la faz gloriosa.

—“Ebria de goces ansía
Ricos panales mi boca.”

—“¿Qué músicas mis oídos
Vienen á herir sonoras!”

—“Profano lechos, á impulso
De estímulos que me acosan.”

—“Dejan marchito y sin vida
A cuanto mis manos tocan.”

—“Arden de amor mis sentidos.”

—“Es la virtud una sombra.”

—“Iguales son Dios y el caos.”

—“No hay mas placer que la gloria.”

—“Falta la luz á mis ojos.”

—“Sueños impuros me acosan.”

—“Oh, qué tormento es la duda!”

—“¿Quién es Dios?—¡Misericordia!...”

VI.

Hastío de Dios en su mejor obra.—Aniquilación de las criaturas.

—“Silencio, exclamó Dios, vil criatura,
Grosero aborto de miseria y llanto,
En quien es siempre la materia impura
Cárcel y afrenta de tu origen santo.
Maldigo en tí mi predilecta hechura.”—
Y describiendo el vaporoso manto,
Al vivo resplandor de una mirada
Ángeles y demonios fueron nada.

VII.

Sentencia.—Nueva creación del hombre.—Atributos de la especie humana.—Vaguedad de la existencia.

—“Vuelva á su sér lo criado;
Y de hoy por siempre estará
Entre su Dios y los hombres,
Mediando la eternidad.”

“Será un informe trasunto
De la aniquilada ya,
La raza humana que el orbe
Vuelva entre llanto á poblar.”

“Con honra de imagen mía,
De barro el cuerpo tendrá;

Y el alma perecedera,
Con alientos de inmortal.”

“Toda su ciencia y su gloria
Dudas y sueños serán,
Y el galardón de sus penas
La cruda muerte, y no mas.”—

Dijo el Señor, y á su acento
Llenó sus cauces la mar,
Y las alturas ganando
En armonioso compás,
Por sus azules esferas
Se vió á los astros girar.
Y como á vueltas de un sueño,
Levisimo por su faz
Sintió resbalar un beso
Entre ilusiones Adán,
Creyendo ver en los aires,
En éstasis celestial,
Una vision milagrosa,
Que cada vez mas y mas
Se fué alejando entre nubes
Del bajo Edén terrenal,
Hasta que al fin quedó entre ambos
Mediando la eternidad.
Agradecido al don triste
De la existencia falaz,
Al cielo humilde las palmas
Alzó postrándose Adán,
Mas no hallando en su desvelo
Ídolo ante quien orar,
Y creyendo del acaso
Fruto su vida quizá,
Vino la hiel de la duda
Su corazón á amargar,
Y el don funesto maldijo
De su existencia fatal;
Hasta que viendo á Eva al lado
Que con sonrisa fugaz
Sus dudas y desvarios
Trocó en amoroso afán.
El bien del alma olvidando
Por el placer corporal,
Se prosternó desde entonces
Ante la humana deidad;
Y sin que de su alto origen
Quisiese el fin deslindar,
Ni ver del hondo sepulcro
Un término mas allá,
Dudas, miserias y llanto,
Ahogó entre el placer carnal,
Llanto, miserias y dudas
Legando á la humanidad.

Así el hombre, de la vida
La senda cruzando erial,
Siembra al pasar ilusiones,
Y engaños cojiendo va;
Y en curso errado, siguiendo
De su apetito el inan,
Le asedian aquí pesares,

Remordimientos allá;
Y en guerra consigo mismo,
Y consigo mismo en paz,
Goza siguiendo la dicha,
Sin alcanzarla jamás;
Y así en encontrados rumbos,
Atormentándole van
Delante las ilusiones,
Y los recuerdos detrás.
Y muerto de la esperanza
El consolador fanal,
Siguen los hombres su ruta
Con solícito ademan,
Esperando aquí una dicha,
Allí esquivando un azar,
Viendo siempre el bien lejano,
Y cerca sintiendo el mal;
Y prosiguiendo el camino
Que hollaron á su pesar,
De donde vienen no saben,
É ignoran adonde van.
Entre el error y la duda,
Sin norte qué brujulear,
Ciegos caminan á veces
En parasismo mortal,
Llamando gloria á la pena,
Padecimiento al solaz,
A la verdad la mentira,
Y á la mentira verdad.
Y á veces por la fé herido
Sucumbe el genio del mal,
Y otras rueda el fanatismo
Luchando con la impiedad;
Y así en abismo espantoso,
Entre creer y dudar,
Incierta á su fin camina
La abyecta prole de Adán.

¡Ay de vosotros los tristes
Que en tan proceloso mar,
Luchando con las tormentas
Sin esperanza bogáis,
Sabiendo por vuestro daño
Que de la ruta el final
Solo será vuestro premio
La cruda muerte, y no mas!
Y vos, los que en sueños vagos
De eterna felicidad
Creéis de vuelo, en muriendo,
Sobre los aires pasar,
¿Qué galardón, miserables,
Por fé tan ciega esperáis,
Si está entre Dios y los hombres
Mediando la eternidad?....

VIII.

Desaparición del Criador.—Ultimo adios á la esperanza.

Así acabaron las glorias
DE UN MUNDO QUE YA PASÓ;
Y al ver á las criaturas
Aniquiladas su Dios,

El cieno tocó, y del centro
Se alzó Adán entre su hedor,
Y un beso sobre su frente
Para animarle estampó.
Y viendo tan vil hechura,
Trasunto de otra mejor,
La faz al último cielo
Por no mirarla tornó;
Y una lágrima derrama,
Glorioso emblema de amor,
Que al descender ardorosa
Sobre la cima del sol,
Evaporada á sus rayos
En nube se convirtió.
Y alejándose escondido
Entre el augusto vapor,
Avergonzado su hechura
Por última vez miró,
Hasta que entre ambos, doliente,
En faz de eterno dolor,
Con su poder invisible
La eternidad arrastró.

¿Y para siempre apartado
De vuestro seno, gran Dios,
No probaré las delicias
De tan inefable amor?

¡Loco de mí, que corriendo
Trás una y otra ilusión,
Iba ganando el sepulcro
Con infatigable ardor,
El término de mis penas,
Y de mi fé el galardón,
Creyendo en mis desvarios
Ver al través de su horror!
Mas ya por la misma senda
Tan sin esperanza voy,
Que falta en torpe letargo,
En mi juventud precoz,
El vuelo á mi pensamiento,
Y el ansia á mi corazón;
Y sin admirar cantando
Vuestra grandeza, Señor,
Falta entusiasmo á mi pecho,
Y falta canto á mi voz.
Y pues que en vano me canso,
Id, esperanza, con Dios,
Y apagad de vuestra antorcha
El peregrino fulgor,
Que aquí me quedó llorando
De mis cantares al són,
Una jornada perdida,
Huyendo de otra peor.
Y aunque impía me engañaste,
Sepultando mi ilusión,
Al llevarme fascinado
Con tu destello traidor,
Recibe el último vale
Del que te dá su perdón
Desde este páramo yerto
Donde no nace una flor.